

CAPÍTULOS GRATUITOS

El diputado fiel

Natividad Ortiz

EL DIPUTADO FIEL

El desliz

Capítulo I

Cuando el diputado Luis Alberto González de las Navas salió de su casa, como cada día, rodeado de su pequeña corte, a saber, chófer y guardaespaldas, no fue capaz de adivinar ninguno de los desastres que se le avecinaban. Y es que no hubo señales en el cielo, ni pájaros precipitándose al vacío, ni esa sensación de vientecillo soplándole detrás de la oreja que desde niño le avisaba de los peligros inminentes al tiempo que le agitaba el corazón. Tal vez fue precisamente la ausencia de anuncios premonitorios lo que le dejó desarmado y salió de su domicilio sito en el mejor barrio de la capital como cualquier otra jornada, atusándose la melena encanecida, intentando domesticar los mismos mechones que siempre tendían a una ondulación demasiado inoportuna y poco viril.

Poco antes, frente al espejo, había comprobado que las entradas de su frente se mantenían a raya a cambio de un progresivo e irreparable tono gris que, cual marea insidiosa, se extendía irregularmente por su cabeza sin conseguir esa homogeneidad deseada que le librara del tinte. Apenas se pasó un cepillo sobre su media melena, esta adquirió enseguida el volumen deseado, ese que constituía la envidia de sus correligionarios entre los que estaba muy de moda lucir abundante cabellera, para quien fuera posible, que no todos se podían dar el lujo. Complacido, se dio el visto bueno y de pronto recordó que en otros tiempos no se permitía esa libertad capilar en modo alguno, de manera que su actual melena flotante debía ser sometida a la tiranía de la gomina varias veces al día.

Sin más disquisiciones filosóficas y rememoraciones estériles, salió de su casa precipitadamente. Siempre le pasaba igual: dilatava tanto el tiempo dedicado a su arreglo personal que al final le invadía la prisa y una ligera preocupación por llegar tarde que zanjaba con varias órdenes a su guardaespaldas: «La puerta, cojones, espabila, Ricardo, que hoy también nos dan las uvas».

En la calle le esperaba, como cada día, el coche oficial con el chófer uniformado apoyado sobre el capó y, también, como venía siendo costumbre desde hacía varias semanas, un grupo cada vez más espeso de ciudadanos vociferantes con pancartas que exhibían las más diversas tipografías, así como los más variopintos contenidos, pero todos ellos reivindicativos. Al parecer nuestro apresurado hombre no goza de grandes simpatías entre estas gentes que se dirigen a él invariable e insistentemente

con imprecaciones, se acuerdan de su madre o exhiben ristras de chorizos que cuelgan sobre sus cuellos a modo de rústicos collares.

A esto le llaman *escrache*, le dice en tono pedagógico informativo a su guardaespaldas. Luis Alberto no sabe muy bien de dónde ha salido semejante término, pero lo utiliza en un tono quejumbroso a medio camino entre el victimismo y la desconsideración, incidiendo mucho en la correcta pronunciación, de manera que la rotundidad de la palabra pueda ocultar el contenido de los mensajes que corea el grupo.

«Les vamos a meter un puro que se van a enterar, me veré en los juzgados con la moza esa a la que tanto le gusta dar la nota», entona como para sí, sin esperar ninguna respuesta del figurante que lleva al lado, al fin y al cabo al agente de seguridad también le compete la guarda y custodia de esos pensamientos evadidos, convertidos en palabras desafortunadas que algún dolor de cabeza le producirían si salieran de este recinto hermético, un auténtico búnker nuclear, para volar libres alrededor de oídos ávidos de noticias provechosas.

Ante sus ojos ya aparece la calle en la que se yergue el templo de la soberanía nacional, convenientemente despejado de manifestantes que, sin embargo, se agolpan centenares de metros más allá, donde Luis Alberto no puede verlos, menos mal, porque no soporta sus estridentes aullidos ni sus consignas coreadas con desastrosa entonación melódica, ni sus rimas de simpleza exasperante. Ahora que está de este lado del juego político nada hay más hermoso que una calle despejada por donde su coche oficial pueda transitar sin problemas, qué carajo, esto se lo ha ganado él en las urnas, el derecho a que lo dejen en paz durante cuatro años y luego, Dios dirá, que a lo mejor las cosas se olvidan, siempre que llueva escampa y, ¿quién sabe?, el sol puede volver a brillar.

Una nube de fotógrafos y periodistas no puede significar otra cosa que el Jefe ya ha llegado, otra vez se le ha adelantado y eso que el buen hombre no se caracteriza por su diligencia, tampoco es lo que se dice puntual, pero tiene la extraña virtud de adelantarse a las previsiones ajenas, de malograr cualquier estrategia por muy simple que esta sea sin mover un solo dedo, solo con su pastosa existencia de superviviente obstinado. Luis Alberto intenta abrirse camino entre la gente que puebla el pasillo y llegar a la altura del Presidente, saludarle con una ostensible inclinación de cabeza, cual emisario ante el emperador del Japón, dedicarle su mejor sonrisa y esperar a recibir alguna palmadita en la espalda lo suficientemente amistosa como para saber que puede acompañarle durante los escasos metros que le faltan por recorrer antes de entrar en el Hemiciclo, pero es difícil: la masa de periodistas es tan densa que solo podría disolverla a base de codazos y puntapiés. Por un momento se le pasa por la cabeza poner en práctica tan descabellada táctica, pero afortunadamente queda inmediatamente descartada y todo se reduce a una espera discreta mientras le llegan los ecos de las sesudas palabras del Presidente:

—Pues parece que el otoño se resiste a llegar.

Los ecos de semejante vacuidad llegan hasta Luis Alberto, que se sonríe para sus adentros con toda la sorna de quien conoce bien estas salidas por la tangente de su Presidente. Es él en estado puro. Se imagina la cara de estupor de los periodistas que, no sabe muy bien por qué, a pesar de estar acostumbrados a estos giros, siempre se quedan como alelados, circunstancia que suele aprovechar para abrirse camino entre la multitud haciendo quiebros inesperados impropios de un hombre de su edad.

Lo ve alejarse acompañado del Portavoz Supremo, un señor que cotiza al alza desde un tiempo a esta parte y se le nota en el semblante a medio camino entre la preocupación y la satisfacción, aunque más de esto último, porque anda por la vida como si fuera el rey del mambo. Luis Alberto ha conseguido atisbar toda la escena desde

una docena de metros atrás y no ha podido impedir que un leve pero certero escalofrío recorriera su cuerpo, una premonición que se infiltra en su marmórea seguridad pero que él desoye, la descarta con una sacudida de su melena, y parece que se disipara y de nuevo el camino de su vida fuera diáfano y almohadillado, ese paseo por las nubes en el que vive instalado desde hace algún tiempo.

Ocupa su puesto en la bancada que le corresponde, la más nutrida, la que tiene un mejor emplazamiento y mejores vistas a la tribuna de oradores a la que se subirá en breve el Presidente. Desde su merecido escaño, ubicado en una privilegiada segunda fila, nuestro hombre se dispone a contemplar la sesión ya con el corazón aquietado, después de haber sido deferentemente saludado, como de costumbre, por algunos correligionarios que como él gozan de la misma regalía: un buen lugar en la platea. Dentro de unos minutos estará silbando, abucheando, pataleando, en definitiva, interrumpiendo cada palabra del jefe de la oposición, sin ninguna concesión al decoro. También se deshará en aplausos tras escuchar mansamente las intervenciones de los suyos que, sin distinción de rango, recibirán encendidas ovaciones como si fueran vicetiples tras dar un esforzado do de pecho.

El calor del debate llena de regocijo el corazón de nuestro hombre, que ha olvidado completamente recientes pálpitos de infortunio. Ninguna nube en el horizonte. En su bancada todo es optimismo y buen humor. No hay nada como la mayoría absoluta para sentirse bien. De vez en cuando mira de reojo hacia el resto del Hemiciclo porque le gusta comprobar el cabreo de la oposición, sus caras malhumoradas o sus sonrisas de irónica desesperación.

En una de esas rondas apuradas en las que chequea el estado de la nación con una mirada rápida sobre sus contrincantes, ¡oh, maldición!, se le cuele el infortunio, de la manera más sigilosa y sin previo aviso, ni siquiera ha notado el vientecillo detrás de la oreja, ni ha habido vuelco de entrañas ni presión alguna a la altura de la garganta, donde sigue estando bien anudada su corbata y no esa parte de la anatomía que acostumbra a instalarse ahí cuando el miedo irrumpe en el ánimo.

En medio de un aplauso, Luis Alberto dejó las manos en suspenso, cual palomas detenidas en pleno vuelo, embobado en la contemplación de una diputada que, situada en el otro extremo, mostraba su indignación a grito pelado, pero con tanta gracia juvenil que dejó al prohombre en un estado de arrobamiento cercano al éxtasis y tan alejado de sus cometidos parlamentarios que, de hecho, los olvidó por completo durante un infausto momento. Pero es que además quiso el azar que ese instante fuera recogido por todas las cámaras y todo el mundo pudo ver cómo un diputado nadaba contracorriente. Algunos, incluso, lo calificaron de acto de traición, hubo quien dijo que qué manera de romper la disciplina de partido. En las imágenes quedó bien patente que, mientras sus compañeros aplaudían a rabiar, él abjuraba de sus funciones, no se sabe muy bien si distraído, lo cual es ya de por sí imperdonable, o malintencionadamente ausente.

A partir de ahí se desencadenarán las hipótesis. En los telediarios no pasa desapercibido el gesto o, mejor dicho, la falta de gesto que ha dejado al diputado al socaire de los comentarios. Algunos llegan más lejos en sus presentaciones infográficas y los más maledicentes rodean su cara con un círculo y lo señalan con flechitas que apuntan a recuadros donde se leen diversas leyendas increpantes, desde *alelado* hasta *traidor*, o se preguntan qué clase de cataclismo puede distraer a un hombre tan disciplinado como él, qué pudo desviar su atención y hacer trastabillar de una forma tan flagrante a alguien que antes se hubiera dejado cortar una mano que llevar a cabo tal acto de felonía.

Sin embargo, él aún sigue en la inopia. Cuando todo el país es testigo de su desliz,

Luis Alberto vive ajeno al derrumbe. No ha visto la televisión, ni ha escuchado la radio y de la tableta electrónica solo se ha servido para consultar el horóscopo y entrar en la página de una vidente que le echa las cartas y le vaticina que es un hombre de suerte, que todo va como la seda. Entonces él se siente reconfortado y piensa que los astros se han aliado de tal manera en su favor que nada malo podrá sucederle y se le ocurre que esta señora es la hostia, con esa pinta de ama de casa y lo que acierta, qué clarividencia, tal vez pueda ayudarle en el futuro con un filtro de amor para conseguir los favores de alguna dama esquiva, nunca se sabe, y él, que todavía se considera un conquistador, pueda necesitar la ayuda de instancias estelares en alguna ocasión.

Con el ánimo enardecido, llega al lecho conyugal donde encuentra a su mujer recostada sobre un enjambre de almohadones, perdida en una remota región de la inmensa cama *King size*. Hojea con parsimonia las satinadas páginas del *Hola*. Al oír el ruido de la puerta levanta la vista y se dirige a su marido:

—Eres el hazmerreír del Partido. ¿Cómo puedes haber caído tan bajo?

La caída

Capítulo II

La débil luz del día ya se abría paso a través de los resquicios de la persiana cuando el teléfono móvil comenzó a moverse débilmente sobre la superficie de la mesilla de noche al tiempo que emitía varias notas de arpa sintética, breves pero alarmantes, tanto que consiguieron extraer a Luis Alberto de un profundo sueño y hacer que alargara su brazo torpemente hacia el aparato que en ese instante yacía en completo y arrepentido silencio. Sin embargo, en la pantalla una tenue luz delataba su reciente actividad y ya no pudo obviar que algo estaba sucediendo. Se lo temía, era inútil engañarse. Aquel mensaje que se esbozaba en la penumbra no auguraba nada bueno.

Tal vez fue esa precisamente la razón de que no lo leyera inmediatamente. Le bastó con saber que el remitente era aquel impertinente Subsecretario de Organización. Ni siquiera era el Presidente quien le enviaba instrucciones, sino un subalterno, significativo desde luego y con un importante peso específico, pero subalterno, al fin y al cabo. Otra pulgada más que añadir a su herida abierta, de la que llevaba sangrando toda la noche y que le había impedido conciliar el sueño.

Su mujer, enrojecida por la cólera y por un resfriado que la martirizaba desde hacía algunos días, le había aguardado con la noticia de su televisado desliz. Le contó con pelos y señales cómo la cámara se fue paseando por esa magnífica segunda fila de la bancada gubernamental hasta dar con el hombre que objetaba de su sacrosanto deber, perdido el hilo de sus funciones, abocado al precipicio de la dejación. Le acusó de haber echado por la borda décadas de trabajo, de tragar sapos y culebras, también los hubo para ella, que siempre había estado a su lado, que lo había hipotecado todo por él, por su carrera, y, mira tú por dónde, ahora que empezaban a recoger frutos, ahora que se veían recompensados, en un momento todo podía desvanecerse por su mala cabeza, en qué estaría pensando este hombre, tan difícil era mantener la atención, aplaudir cuando debía como hace todo el mundo, mostrando la convicción exigida, que la mujer del César no solo tiene que ser honesta sino parecerlo. Y así continuó un buen rato, entre mocos y suspiros, largando su trágico monólogo con pretensiones de premio Goya de la Academia, y él aguantando el tipo, todavía un poco desubicado sin saber realmente a qué se refería su mujer.

El enfado de su esposa no le impidió echar mano del mando a distancia y apretar con saña un botón. Inmediatamente Luis Alberto se pudo ver a sí mismo en una escena que le costaba reconocer. El pasaje duraba apenas treinta segundos, pero fueron

suficientes para que todo el país y parte del extranjero se diera cuenta de su desliz, su cara alelada contrastaba radicalmente con los rostros implicados de sus compañeros, los que demostraban fervientemente su adhesión al juego político como espectadores enardecidos en la arena de un anfiteatro romano. Las risas de fondo que el programa de televisión había introducido consiguieron atenuar un poco la tensión, tanto que el diputado se encogió de hombros como quien se ha descolgado con una chiquillada absolutamente perdonable, pero su mujer, que, a diferencia de él, era capaz de medir el alcance del acto, le cubrió de exabruptos.

En esas memoraciones estaba cuando se decidió a coger el aparato que tan discretamente guardaba nuevas, seguramente dolorosas. Lo tomó en sus manos casi con cariño, con la reverencia que exige un artilugio de última generación, de valor desproporcionado incluso para él. Deslizó su dedo índice por la base de la pantalla e introdujo apresuradamente el código secreto. Inmediatamente se desplegaron un sinfín de pequeños iconos. Pulsó en uno de ellos y se abrió como por encantamiento un sobre virtual que vomitó un mensaje escrito en letras minúsculas, casi tímidas, como si quisieran pasar desapercibidas, avergonzadas del recado que venían a transmitir.

A partir de hoy colóquese en la fila del fondo, al final de la grada. Este fue el texto que leyó Luis Alberto. Aunque parecía entrañar un enigma insondable, enseguida captó el significado de las escasas palabras. No era la primera vez que alguien del Partido recibía unas indicaciones semejantes. En una ocasión había sido él mismo el encargado de transmitir las y el destinatario un pobre diablo caído en desgracia, como lo era él en esta ocasión.

Durante un buen rato fue incapaz de reaccionar, ni mucho menos de calibrar las consecuencias del mandato, ni siquiera de buscar una razón que realmente lo explicara, tan solo se quedó tendido en la cama, con el teléfono en la mano, pensando que el mensaje se parecía mucho a uno de esos juegos de mesa en que si tienes la mala fortuna de caer en una casilla equivocada inexorablemente vas a la cárcel o caes en un pozo del que no sales hasta varias jugadas después o bien vuelves a la situación de partida, a empezar de cero, como en un bucle inexplicable que le impidiera avanzar y que tirara de su cuerpo en dirección opuesta a la que deseaba caminar.

En el pasillo se cruzó con su mujer, que no le dirigió la palabra, aunque sí una mirada asesina cargada además de resentimiento, lo cual tampoco le alarmó en exceso, no era la primera vez que se asomaba a sus ojos un instinto tan primario. Apenas pudo beber el café, que ya frío languidecía sobre la barra de la cocina. El teléfono móvil seguía a su lado como un perrillo fiel o como una mosca cojonera, no lo sabía muy bien, pero el caso es que allí estaba con su pantalla negra y bruñida, todo un enigma que a ratos le atraía y a ratos le provocaba náuseas.

Se resistió durante algún tiempo a cogerlo entre sus manos y pulsar las teclas necesarias para hacer las llamadas que creía adecuadas para solucionar su situación de proscrito. Necesitaba hacer acopio de valor, no podía lanzarse a marcar algunos números y encontrar al otro lado quién sabe qué. Le preocupaba resultar inoportuno o no dar con el tono apropiado, parecer demasiado ansioso o demasiado prudente, y eso que lo que en realidad le pedía el cuerpo era dar rienda suelta a toda la cólera que se le había ido acumulando, pero le frenaba el qué dirán y un sentimiento de culpa que se iba instalando en su ánimo. ¿Y si en el fondo se merecía lo que le estaba pasando? ¿Y si había hecho algo mal?, involuntariamente por supuesto, pero se lo harían purgar. No le convenía parecer demasiado enfadado. Sería como manifestar claramente su pecado, reconocerlo implícitamente y además tener el descaro de no pedir disculpas.

Sentía que en su cabeza se aceleraban las revoluciones, que se le recalentaban los circuitos y no podía pensar con claridad. Se dijo que la peor estrategia en esos

momentos era perder la calma. Respiró hondo y se dispuso a mirar el listado de sus contactos. En primera instancia se decidió por las personas que tenían organizativamente algo que ver con el contenido del mensaje, así que intentó ponerse en contacto con el Subsecretario de Organización, pero no contestó. Inmediatamente se sintió víctima de alguna forma de ninguneo o de un regate de su interlocutor en el terreno de juego de las telecomunicaciones. Se imaginó al carcamal en el asiento trasero de un coche oficial, mirando de reojo su móvil, dejando que sonara con gesto impávido de quien se sabe parte de un engranaje bien engrasado. Él no era más que un instrumento en manos del Partido, ente superior a cuyo servicio se debía sin ningún tipo de escamoteo. El berrinche de un diputado amonestado pasaría como el sarampión, pero el Partido estaba por encima de todos ellos como un barco seguro que no zozobra en medio de la tormenta. Al señor de la Rueda le gustaban lo símiles náuticos desde que adquirió un yate a precio de saldo en la subasta que remató los caprichos de un banquero amigo suyo.

Las siguientes llamadas fueron dibujando un recorrido errático que no tenía nada que ver ni con la jerarquía ni con la amistad, pero el resultado de todas ellas fue el mismo: un silencio hermético. Entonces se decidió por enfrentar la cuestión en el plano de la realidad. Si las telecomunicaciones no servían más que para poner entre él y sus interlocutores un interminable y desolado espacio sin respuestas, les sacaría de su mutismo aunque tuviera que derribar las mismísimas puertas de sus despachos.

Descarta el coche oficial y opta por coger la moto. Prefiere moverse de incógnito por las calles de la gran ciudad. Piensa que el anonimato le engullirá plácidamente y podrá desenvolverse a sus anchas. Acaricia la idea de utilizar el efecto sorpresa en su favor, pillar desprevenido no sabe muy bien a quién, porque desconoce el fondo de su asunto, pero intuye que algún provecho puede sacar de una actuación discreta.

Luis Alberto zigzaguea por las avenidas, deslizándose entre los coches. En su moto de gran cilindrada se siente mucho mejor, consigue incluso olvidar sus pesares, parece que desaparecieran disipados en el viento que le tonifica el rostro cuando avanza a gran velocidad usando indebidamente el carril bus, cosa que no le preocupa en absoluto, siempre ha sido un poco ácrata y no se lleva demasiado bien con las prohibiciones. Se diría que no están hechas para él. El caso es que las ve bien en las demás personas, pero con él definitivamente no casan, más de una vez ha tenido que vérselas con la Guardia Civil por alguna multa desorbitada que finalmente nunca llegó a pagar porque siempre hubo algún amigo que la hizo desaparecer como por arte de magia.

El trayecto se le hace interminable. Al volver una curva vislumbra los pisos más altos del edificio del Partido cual atalaya medieval, vigilante y amenazadora. Siente un leve escalofrío. Avanza, pero le parece no llegar nunca, igual que sucede en las pesadillas o como el Castillo de Kafka, imponente y desafiante, que en la novela siempre parecía alejarse, inaccesible por mucho que se acercara el agrimensor. Lo mismo le pasa al asombrado motorista, que cuando cree que ya lo tiene a tiro de piedra, la mole de la construcción se le vuelve esquiva y empieza a creer que nunca va a llegar.

Sin embargo, al final enfila la calle y se planta delante de la puerta como si tal cosa. Aparca de cualquier manera. Se quita el casco y sacude airosamente la cabeza para que su melena recobre la vitalidad perdida. Mira hacia arriba y las hileras de ventanas se le antojan colmenas invadidas por zánganos. Los cristales opacos le rebotan su propia imagen como si se burlaran de él con su rostro impenetrable, más opacidad que en banco suizo, se le ocurre pensar a la vista del edificio que tiene delante, y nunca ese efecto pantalla le había resultado tan palpable como ahora que se encuentra fuera, que mira hacia arriba y solo ve una línea descomunal arañando el cielo.

En la entrada todo fue normal. El conserje uniformado le saludó con el toque de gorra

correspondiente e incluso le llamó por su nombre precedido de un Don muy ceremonioso. Un recibimiento semejante le devolvió parte de la seguridad perdida. Las recepcionistas le dirigieron sonrisas sinceras y cotidianas, no parecían esconder nada. Las puertas se le abrieron con la normalidad habitual, lo que le permitió avanzar hasta las escaleras. Las primeras plantas le acogieron con idéntica familiaridad, entre tareas apremiantes de funcionarios que se desplazan al ritmo de una coreografía bien aprendida. Sin embargo, ya en el quinto piso, donde comenzaban a agolparse los cuadros intermedios, comenzó a notar cierta pesadez a su alrededor, cierta incómoda torpeza y alguna cara desabrida que no podía evitar un atisbo de reconvención.

Cuando llegó a la última planta tenía la impresión de haber alcanzado un estado de conciencia superior, como si hubiera realizado un viaje iniciático y ahora se encontrara alumbrado por un tipo de conocimiento prohibido a los profanos, y es que en ese piso estaba el *sancta sanctorum* del Partido. Allí se encontraban los despachos más deseados y en ellos los secretos mejor guardados, así que el vigilante que había al lado de la escalera defendía el lugar con ferocidad de cancerbero. Era imposible llegar hasta aquel emplazamiento a través del ascensor para quien no poseyera una tarjeta especial con un código secreto y, por muy diputado que fuera Luis Alberto, e incluso poseedor de una portavocía, no se encontraba entre los elegidos que podían subir cómodamente hasta allí, de manera que accedió por la escalera de incendios, un poco de tapadillo, procurando esconderse de la cámara de seguridad que le estaría siguiendo como sabueso obsesivo.

Una vez allí, el guardia de seguridad le bloqueó el paso. Era la primera vez que tal cosa sucedía, él siempre había pasado sin problemas, como Pedro por su casa, saludando a Mariano, que así se llamaba el hombre uniformado contratado por la empresa SEGURINSA, propiedad de un primo del Subsecretario. Pero en esta ocasión Mariano le hizo esperar en el pasillo mientras se comunicaba discretamente con alguien cuyo nombre no pudo oír. Después hizo otra llamada y luego vinieron otras más. La espera se dilataba y la ansiedad iba en aumento. Al otro lado de la mampara acristalada de la garita del guardia de seguridad alcanzó a ver la puerta de madera noble de la sala de juntas perfectamente cerrada. Ni un alma se dejó ver por el espacio de corredor que aparecía a su vista. El silencio era espeso y casi corpóreo como un personaje más de esta escena insólita. Por fin el bueno de Mariano dejó el inalámbriico sobre el soporte y le dijo que no podía pasar, que nadie podía recibirle, que estaba toda la cúpula reunida.

Como era de esperar, Luis Alberto, a quien aún le quedaban abundantes reservas de pundonor y las esperanzas razonablemente intactas, montó en cólera y se fue contra el segurata con todo el ímpetu del mundo, igualito que en las películas cuando alguien quiere demostrar enérgicamente su poder, en definitiva, que le agarró por el cuello de la cazadora y se le aproximó tanto que pudo oler su aliento pesado en el que adivinó un toque de patatas alioli recién engullidas. Con una violenta sacudida el guardia de seguridad se deshizo de su atacante hasta colocarlo a varios metros de distancia. Acto seguido, se recompuso el uniforme mientras lanzaba una mirada asesina a su adversario, que en esos momentos se atusaba la melena alborotada por el rifirrafe.

En medio de la barahúnda se abrió la puerta de la sala de juntas, lo que provocó la inmediata paralización de las hostilidades: vigilante y diputado miraron fijamente a través de la mampara, la respiración contenida a la espera del hombre que se acerca hasta ellos, como niños gamberros que en el patio del colegio aguardan la regañina.

El señor Augusto del Pozo se les aproximó con paso enérgico a pesar de su edad ya avanzada, pero su complexión atlética aderezada con un bronceado un tanto sobrepasado le hacían parecer más joven en la media distancia, de cerca ya era otra cosa. Apartó suavemente al vigilante y se llevó a Luis Alberto agarrado por el hombro a

un recodo del pasillo donde había un sofá muy a propósito. Se sentaron al unísono en el pequeño espacio almohadillado, tan cerca que el contrariado diputado debió soportar el aliento fétido del Subsecretario en su cara sin que le fuera permitida queja alguna.

—¡Vamos, hombre! No sé a qué viene todo este jaleo. ¿Acaso no se ha dado cuenta de dónde está y cómo debe comportarse?

—Lo siento mucho, ha sido solo un calentón, pero es que ese guardia jurado me ha sacado de mis casillas. ¿Te puedes creer que me ha impedido el paso? —se quejó Luis Alberto una vez recobrada una parte de su aplomo, como si estar sentado allí, tan íntimamente, al lado del Subsecretario le devolviera todo cuanto había pensado haber perdido.

—No la tomes con el pobre Mariano. Sabes muy bien que él solo cumple órdenes.

—¿A qué te refieres? A mí jamás se me había impedido el paso en esta planta — reivindicó el diputado.

—Bueno... verás... la cúpula está reunida, como todos los viernes, tú ya lo sabes y, de hecho, yo no puedo quedarme más tiempo hablando contigo. Tengo que volver inmediatamente. Hay asuntos importantísimos que tratar — argumentó el señor del Pozo—, no tengo que recordarte que las aguas andan revueltas y los cuchillos están afilados.

—Sí, sí, todo lo que tú quieras, pero a mí lo que me interesa ahora es lo mío. Necesito que alguien me dé explicaciones.

—No las hay. Lo tuyo es un caso normal, una pequeña remodelación. De vez en cuando hay que variar el panorama y dejar que circule el aire por el Hemiciclo, ¿no estás de acuerdo?

—Pues no sé... Cuando le toca a uno las cosas se ven de diferente manera —se lamentó el diputado dejando escapar una mueca de fastidio que fugaba hacia la amarga ironía.

—No es el momento de pensar en uno mismo, lo que importa es el Partido. Nosotros no contamos. Las personas van y vienen. El Partido siempre queda —discursó el Subsecretario.

—Pero esto será pasajero. Volveré a mi querida segunda fila en la bancada, ¿no es así? —retomó Luis Alberto, que procuraba no perder de vista su reivindicación.

—Tiempo al tiempo. Las aguas volverán a su cauce y cada mochuelo a su olivo — recitó el señor del Pozo con la mirada perdida esas palabras enigmáticas que su interlocutor no supo cómo interpretar—. Ahora es mejor que te marches. Ya te he dicho que nos pillas en muy mal momento.

El Subsecretario se levantó para irse dejando al diputado más confundido que cuando llegó, sentado en el sofá sin saber qué hacer, la mirada clavada en la espalda del vejstorio que aún se desplazaba erguido y con cierto aplomo juvenil. De pronto se dio la vuelta y le dijo:

—A partir de mañana también dejarás esa portavocía que tienes. Recuérdame de qué se trataba, cuál era.

—La de Asuntos Sociales —respondió Luis Alberto cual niño bien educado que se sabe todas las respuestas y no se las escatima a sus mayores. Inmediatamente después se dio cuenta de la gravedad de su caso.

La culpa

Cuando Luis Alberto entró en el portal de su casa no fue capaz ni de ver al portero, tal era su estado de extravío. No solo se habían esfumado sus esperanzas de verse restituido en su dignidad profesional, sino que tampoco había obtenido explicación alguna, lo que aumentaba la nebulosa de su ánimo y le hacía caminar como si fuera un muerto viviente, ausente y desencajado.

Mientras subía en el ascensor se fue aflojando el nudo de la corbata. En su frente se mezclaban gotas de sudor con algunas de lluvia que caían de su hermosa cabellera mojada. Ni se había percatado de que había conducido su moto bajo la lluvia ni de que no se había puesto el casco. Si no fuera por la magnífica hechura de su traje, que incluso en tan lamentables condiciones lucía espléndido, se le hubiera podido confundir con un mendigo, eso sí, de nuevo cuño, de los que lo han tenido todo y se han quedado sin nada.

Su mujer le miró con rabia. No había ni un atisbo de piedad en sus ojos maquillados, solo desprecio acusador. Se dejó caer en el sofá Chester de cuero bien apretado y se sirvió un buen vaso del *whisky* más caro que encontró en su extensa licorería. Su mente se iba diluyendo en el dorado líquido de forma irremediable, pero aún tuvo un atisbo de lucidez para percibir el trasiego de Patricia. Su esposa iba y venía por el pasillo transportando todo tipo de objetos. A pesar del mareo creciente, consiguió levantarse y caminar titubeante hacia la habitación. Allí la encontró afanándose en cerrar una maleta atiborrada con el clásico procedimiento de sentarse sobre ella. Sus carnes magras de *barbie* geriátrica no hacían gran cosa, pero su furia desatada fue suficiente para deslizar la cremallera.

—¡Qué está pasando aquí! —exclamó un Luis Alberto que no daba crédito a lo que veía.

—Tu hija y yo nos vamos a pasar el fin de semana a la casa de la sierra —respondió Patricia—. Cuando volvamos espero que ya no estés aquí.

—Pero...

El diputado recibió el golpe como si no fuera para él. No podía creer lo que estaba sucediendo, incluso llegó a esbozar una media sonrisa de regocijo cual espectador de una comedia de enredo que aprecia las buenas cualidades interpretativas de la actriz.

—No hay peros que valgan. No te soporto más —sentenció la mujer sin dejar de hacer el equipaje—. Esto se ha acabado y tú lo sabes. A partir de ahora solo hablaremos en presencia de un abogado.

Dicho lo cual la señora se dio media vuelta y salió arrastrando la maleta y zarandeando sobre el ángulo de su codo izquierdo un coqueto neceser de una marca muy prestigiosa. En la habitación dejó la estela de un perfume carísimo y veinte años de vida marital.

Las palabras se quedaron colgadas de su boca sin llegar a salir. No supo qué decir, así que el silencio se impuso por sí mismo, sin preguntar a nadie. A Luis Alberto se le multiplicaban los frentes y se preguntó qué había hecho él para merecer esto. Para esta espinosa cuestión se le ocurrían algunas respuestas, pero no encontró ninguna que resolviera el problema de por qué ocurría todo a la vez, sin darle tregua. En la espesura de su mente no había un sendero por el que discurriera un pensamiento esclarecedor, ni siquiera la meridiana idea de formular una concatenación de los hechos. ¿Su mujer se había largado porque empezaba a ser unapestado? Nada de eso. Su sagacidad no daba para tanto y su orgullo tampoco. Todavía no se veía a sí mismo con tan malos ojos.

Se le ocurrió pensar a destiempo, cuando ya su mujer estaba fuera, que podría tratarse de una aventura, pero enseguida desechó esa posibilidad, su vanidad no se lo permitía. Estaba muy seguro de que en el corazón de su esposa solo mandaba él, de que había sido y era todavía su único amor. Recordó su noviazgo de años, la espera entre deseos insatisfechos y promesas aplazadas. Rememoró el día feliz de aquel baile de puesta de largo, el clásico evento que todavía estaba de moda en la pequeña ciudad que les vio nacer. Ella era la hija del notario, un señor muy reconocido, de verbo fácil y largos tentáculos que en su día habían llegado hasta un ministro de Gobernación y varios Generales de División. Él, en cambio, era el hijo de un camarero que se quitaba el pan de la boca para pagar las cuotas del Casino. Su padre se pasó la vida tras la barra de un bar sirviendo cafés y buscando la manera de promocionar a su chaval, a su manera, claro está, lo que incluía alguna recomendación para estudiar en los Salesianos con beca, ser admitido en todas las organizaciones juveniles que aún subsistían en las postrimerías del Régimen o asistir a campamentos y ejercicios espirituales sin que se notara demasiado su condición de asistido.

No recuerda cuándo vio a Patricia por primera vez, no es una mujer capaz de marcar a fuego su presencia en la retina de los demás y dejarla para siempre en la memoria, pero sí ha quedado bastante fresco en su mente el momento en que se decidió a estrechar un cerco en torno a la hija del notario. Fue una noche en uno de los primeros *pubs* que se abrieron en la ciudad, cuando celebraban el cumpleaños de Alfonsito, el más pijo de sus amigos, y eso que todos lo eran. Habían dejado en el perchero sus abrigos austriacos tan de moda y avanzaban por el suelo enmoquetado con sus zapatos castellanos bien lustrados. Se sentaron aflojando las perneras de sus exclusivos pantalones de pinzas y llamaron al camarero por su nombre como quien se dirige a la criada de toda la vida. A Luis Alberto no le incomodaban estas actitudes de señorito bien entrenado, ni siquiera si por su cabeza pasaba la sañosa imagen de su padre sirviendo mesas en el bar donde trabajaba. Él era uno más y sus amigos habían acabado por aceptarlo de buen grado, incluso si le deslizaban alguna invitación más de las acordadas, todo formaba parte de las transacciones amistosas nunca explicitadas.

Entre risas provocadas por alguna bravuconada de machitos incipientes que se solazan a costa de narraciones subidas de tono, Alfonsito se puso serio de repente. Levantó su vaso largo a modo de brindis amagado mirando a los ojos de Luis Alberto con fijeza un poco beoda, como si su mente necesitara de más tiempo del necesario para procesar la imagen que tenía delante. Todos aguardaron sus palabras, que no terminaban de brotar, bloqueadas por los efectos del alcohol. Finalmente habló cual oráculo:

—Albertito, como no te decidas con Patricia algún hijoputa se te va a adelantar.

—¿De qué hablas? —respondió el interpelado haciéndose el huidizo.

—No te digo más —continuó Alfonsito moviendo el vaso en círculos antes de llevárselo a los labios—. Tú me has entendido, luego no digas que no te avisé. Y no hablo por hablar. Tengo fuentes bien informadas.

Fueron palabras suficientes para que Luis Alberto se decidiera a cortejar a Patricia. Nunca había sido amigo de tomar riesgos, y también en este caso necesitó de una confirmación previa para lanzarse por la suave pendiente de los deseos avisados. Lo demás fue coser y cantar. Él pudo comprobar que la información de Alfonsito era cierta, sus primeros acercamientos fueron bien recibidos. Alguna reticencia vino de parte del padre, todo un notario esperaba un partido más seguro y no este proyecto de chico avisado sin blanca. No opinaba lo mismo la hija quien solo se fijó en lo bueno que estaba, alto, atlético, unos ojos castaños dignos de galán cinematográfico y una boca carnosa hecha para besar. Patricia se derretía solo con invocar su imagen, así que se

sintió la chica más afortunada cuando Luis Alberto le pidió relaciones.

Habían pasado más de treinta años desde aquello, tiempo suficiente como para que el diputado lo sintiera tan lejano como si le hubiera pasado a otro, de manera que enseguida se desvanecieron los recuerdos y volvió a su acuciante presente, el que no le daba tregua, el que le tenía en vilo y maquinando alguna estrategia que le devolviera a su plácida vida de hombre sin preocupaciones.

Decidió que lo mejor era acudir al Congreso. Se pasaría por su despacho, vería cómo andaban las cosas por allí, si se daba un poco de prisa todavía podía coincidir en el bar de Manolo con los rezagados del aperitivo. Puede que fuera el lugar ideal para limar asperezas y dejar que la situación se recondujera. Llamó a su chófer, después dedicó unos minutos a devolverse algo de la dignidad perdida con un breve chapuzón bajo el grifo del lavabo que solo consiguió dejarle aspecto de perro de aguas metido en idéntico medio a causa de algún infortunado accidente. No importaba, pensó mientras se secaba y se aplicaba un bálsamo anti ojeras como cuando se levantaba después de una noche de farra.

En su despacho encontró a Conchita, su secretaria, muy atareada leyendo una revista femenina. Se sobresaltó levemente cuando vio aparecer a su jefe, más que nada por la hora inaudita para lo que desde años venían siendo sus costumbres. En condiciones normales a esas alturas Luis Alberto ya llevaría un buen rato de fin de semana. Saludó mientras se levantaba del sillón y estiraba la falda tubo para hacer que volviera a la altura de las rodillas. Le mostró su extrañeza con un gesto interrogativo, pero él ni se inmutó, entregado como estaba a hondas cavilaciones, solo cuando llegó a la mesa volvió la cabeza y e indicó con un gesto que saliera.

Sin ideas que acudieran en su auxilio y abrumado por la visión estremeceadora de montañas de papeles acumulados sobre el escritorio, decidió bajar al bar. Desde la entrada divisó un grupo muy animado que compadrebbeaba en la barra. Las cañas de cervezas bien tiradas viajaban por encima de sus cabezas, algunos mecían en grandes copas pequeñas cantidades de vino blanco, otros engullían raciones de pulpo a la gallega o mojaban doradas patatas en salsa brava. Se acercó pertrechado de una jovialidad bien ensayada, como si no pasara nada, pero los gestos del grupo se detuvieron en seco. Pasados unos segundos de estupor, todos recuperaron el movimiento, intentaban mostrar una imagen de normalidad que les salió acartonada, poco convincente. Ante las palmaditas en la espalda que propinó Luis Alberto no supieron cómo reaccionar. La mayoría le hicieron la cobra, es decir que procuraron esquivar sus efusiones de camarada amistoso, otros se dejaron hacer con indiferencia, volviendo a lo suyo inmediatamente, sin darle cuartelillo, lo que acabó por minar el ánimo de natural férreo que siempre se gastaba y que se había forjado en décadas de aguantar carros y carretas.

Se introdujo como pudo entre el grupo enmudecido para llamar la atención del camarero y pedir un tinto crianza, no tuvo que decir la marca, el barman conocía perfectamente sus preferencias. Pasados algunos minutos el grupo se fue esfumando en todas las direcciones que confluían en la puerta de salida, sin ningún miramiento, sin disculpas ni excusas. Luis Alberto se quedó solo en la barra agarrado a su copa como si fuera una tabla de náufrago.

Se tomó el pincho de tortilla de patata con desgana, pero no dejó ni una miga en el plato. Miró a su alrededor y comprobó cómo el bar se iba vaciando: los del Partido Democrático salían en ese momento por la puerta diciéndose adioses y buenos deseos para el fin de semana, los del Partido Alternativo, de reciente formación y difícil clasificación, también recogían sus bártulos para marcharse, tan solo quedaban en una mesa dos diputadas jóvenes de algún grupo izquierdista cuyas siglas Luis Alberto

desconocía. En una de ellas reconoció a la chica que tan poderosamente llamó su atención aquel día aciago en el Hemiciclo, la que le hizo volver la cabeza y desinteresarse tan desafortunadamente de su sacrosanto deber. La miró disimuladamente y de nuevo sintió la obligación poderosa de volver a contemplarla: esas rastas tan inquietantes, enmarañadas, enmarcando un rostro de facciones delicadas. Las dos mujeres estaban enfrascadas en una conversación con ciertos ribetes de discusión, a tenor de la vehemencia de sus gestos, de la forma en que negaban con la cabeza y se quitaban la palabra desacompañadamente. Al final se quedaron calladas, se terminaron el café y la mujer que Luis Alberto no conocía salió del bar arrebujándose un pañuelo palestino alrededor del cuello.

De pronto la muchacha de las rastas se fijó en él. Por un momento apartó la vista, como si desechara algún pensamiento inoportuno, pero enseguida volvió a mirarle. Se levantó y se dirigió hacia la barra. A Luis Alberto se le aceleró el corazón cuando la vio acercarse, incluso, llevado por la incredulidad, giró varias veces la cabeza para comprobar que no había nadie más allí acodado y que era su posición hacia donde ella se dirigía.

—¿Te han dejado solo? —inquirió la joven sin ánimo de cachondeo pero con una clarividencia que parecía sarcasmo.

—Ya ves. Hay quien tiene mucha prisa por comenzar el fin de semana.

—Claro. Los padres de la patria también necesitan un descanso —comentó, ahora sí, con ironía—. Me llamo Nerea González. Te lo digo por si no lo sabías. Tengo la impresión de que los de tu grupo no se fijan demasiado en nosotros.

—No mucho, lo admito —acertó a decir Luis Alberto en un alarde de sinceridad. No eran palabras muy políticas, pero él tampoco se sentía muy político en esos momentos—. Siempre se nos ha prevenido contra ustedes.

—Pues no mordemos, ni arañamos —dijo ella mientras con la mano derecha imitaba un insinuante zarpazo que rasgó el aire con sus uñas pintadas de negro.

Luis Alberto sonrió por primera vez en todo el día y pensó que quizás esta vez la historia entre los Capuleto y los Montesco podía no terminar en tragedia y que también él tenía derecho a tener su propia Julieta con rastas.

La búsqueda

Capítulo IV

La conversación con Nerea apenas alcanzó para apartarle momentáneamente de sus pesares. La mañana del sábado renovó la opresión de verse en un callejón sin salida. Su futuro era un muro contra el que inevitablemente se iba a estrellar. No veía salida. Todo era oscuridad a su alrededor. Aun así, siguió barajando posibilidades y buscando, siempre buscando, una salida. Parece mentira la capacidad que tiene el ser humano de aferrarse a clavos ardiendo. Quién se lo iba a decir a él, que algún día se vería en una situación semejante y que tendría que perseguir desesperadamente una solución sin plantearse ni remotamente las posibilidades de éxito, simplemente había que seguir el camino trazado con mansedumbre bovina.

Cuando se quiso dar cuenta ya estaba en la carretera conduciendo su *crossover* en dirección norte. Pronto dejó atrás la ciudad y comenzó a vislumbrar las montañas de la sierra. Cogió el primer desvío que indicaba a Burguillo del Pinar y siguió varios kilómetros por una vía secundaria tan magníficamente asfaltada que parecía una autopista de primera categoría. Las malas lenguas decían que esta especie de alfombra gris de la mejor calidad había sido el pago en especie de una empresa constructora que

había conseguido importantes contratos sin acudir a ninguna licitación. Eran los tiempos en que el señor Garrido, político de larga trayectoria y procedencia inconfesable, había sido ministro de Fomento. Hoy era un jubilado de lujo que vivía apartado del mundanal ruido en la mansión que se adivinaba a un lado de la carretera entre hectáreas de bosque protegido.

Luis Alberto giró el volante y enfiló por un camino de tierra que conducía hasta una verja muy historiada, de reminiscencias versallescas, adherida a un alto muro de piedra granítica con el que no casaba en absoluto. Hasta el propio diputado sentía un amago de rubor cada vez que veía el desaguisado arquitectónico, y véase que él no era precisamente un entendido en materia paisajística.

Después de pasar por las manos de varios vigilantes de seguridad que incluso llegaron a cachearle y otros cuantos mayordomos, apareció el gran hombre. El señor Garrido mantenía un magnífico bronceado a pesar de la estación, lucía una sonrisa de inmensa satisfacción, muchos kilos de más y un aire despreocupado propio de quien está de vuelta de todo. A su edad, frisaba los ochenta, todavía conservaba algunos resabios del hombre que había sido, mezcla de galán cinematográfico, chulo de piscinas y político que se las sabe todas. Su sola presencia consiguió abrumar de tal manera a Luis Alberto que le entraron ganas de salir corriendo, pero era demasiado tarde, ya avanzaba hacia él con paso de diplodocus y los brazos extendidos.

Detrás de él venía su joven esposa, a la que sacaba al menos dos generaciones. Ella se movía alrededor de su marido con la precisión de un satélite. Después de las presentaciones de rigor los tres se sentaron, pero tras los primeros compases de la conversación, apenas unas frases insulsas y convencionales para ponerse al día, el anciano hizo un gesto a su mujer y esta pronunció automáticamente una excusa de manual y salió mansamente.

—Estarás al corriente de lo mío —afirmó el diputado con aprensión. Sabía que en los cenáculos políticos las noticias corrían como la pólvora, llegaban incluso hasta las remotas mansiones de jubilados como este que decía vivir apartado de todo, pero él no lo creía, le presumía una más que probable influencia en la sombra. Y por esa razón precisamente acudió a su presencia como en aquellos tiempos remotos de la Antigüedad Clásica un hombre caído en desgracia habría ido a visitar un oráculo de probada sabiduría.

—Algo he oído. Hasta aquí ha llegado algún rumor —respondió el señor Garrido torciendo el gesto, visiblemente contrariado a pesar de que al aceptar recibir al diputado caído en desgracia sabía a lo que se exponía, que tarde o temprano saldría a relucir la delicada cuestión, ¿para qué iba a presentarse este aquí si no?

—Entonces sabrás que me han apartado, que he pasado de la primera a la última fila y no lo digo en sentido figurado. Además, me han destituido del cargo de portavoz, y temo que no quede ahí la cosa.

—¿Tan grave lo ves? A lo mejor solo son imaginaciones tuyas. Hay momentos en que nos volvemos un poco paranoicos —aventuró el alegre jubilado mientras ponía un líquido ambarino en sendos vasos provistos de hielos tintineantes—. No te lo tomes muy a pecho. Confía en que pase el tiempo, ya conoces el refrán: siempre que llueve escampa. Te aseguro que a veces es mejor pasar un tiempo en la trastienda y ahora no están los tiempos para aparecer demasiado expuesto. Quien se acerca demasiado al sol corre el riesgo de quemarse.

Y así siguió el hombre, enlazando refranes y proverbios que se dirían orientales. Luis Alberto, por su parte, intentaba buscar el sentido oculto de tanta sabiduría. Estaba convencido de que su interlocutor se expresaba en clave y descubrió con cierto placer intelectual que cuando hablaba del sol se refería al Presidente. Este tío era un genio.

Se sorprendió admirándole como en los viejos tiempos, a pesar de su decadencia, de esos kilos de más, de ese batín mal anudado que descubría algunas lorzas flácidas envueltas en una piel moteada.

—No creo que sea una cuestión coyuntural y creo que la estrategia de dejar pasar el tiempo solo me dejaría en evidencia, vamos, algo así como el que calla otorga, en definitiva, el argumento perfecto para dejarme en la estacada —explicó el diputado con palabras propias de quien ha meditado bastante su situación—. Creo que es un error que me tengan por un don nadie que se va a cruzar de brazos mientras le dan por todos los lados. ¿Por quién me han tomado?

—Partes de la idea de que tienen algo contra ti, pero puede que te equivoques. A lo mejor estás haciendo una montaña de un grano de arena y solo se trata de un pequeño castigo por tu televisivo despiste.

—¿Así que usted lo vio en la tele? —preguntó Luis Alberto con aprensión—. Entonces vería que fue una tontería, nada que justifique mi condena al ostracismo.

—Según se mire —respondió el señor Garrido—. En momentos tan delicados como el que atravesamos, episodios de este estilo nos dejan en muy mal lugar, vamos, que dan mala imagen. No eres tan joven como para no recordar la famosa frase de “El que se mueve no sale en la foto”. Y tú te moviste, hijo, involuntariamente, lo admitiré si quieres, pero te moviste y ese es un pecado mortal que se paga caro.

Luis Alberto se quedó callado rumiando su desventura, con el vaso en la mano y la mirada fija en el fondo, como si quisiera descubrir en el turbio líquido la salida de un túnel profundo y oscuro.

—Puede que tenga razón. Estoy dispuesto a entonar el *mea culpa*, pero el problema es que nadie parece estar dispuesto a escucharme. Si se tratara solo de una travesura que se castiga con una reprimenda la recibiría con gusto. Sé que no he estado a la altura y que tendré que purgar mis faltas. Eso al menos me daría una oportunidad, la de redimirme, pero tengo la impresión de que no quieren que eso suceda.

—No suena muy alentador..., pero, ¿estás seguro de ello?

—Hay señales que así lo indican. No soy un pobre iluso que no llegue a darse cuenta de cómo se apartan los que hasta el otro día se decían mis amigos, cómo se hicieron humo cuando entré ayer en el bar. ¿Se lo puede creer? Me dejaron solo.

—Tendrían mucha prisa por empezar el fin de semana... La temporada de esquí ya ha empezado —intervino el señor Garrido con sorna.

—Puede burlarse todo lo que quiera. Me da igual. Estoy acostumbrado a tragar sapos y culebras. También los he hecho tragar...

—¡Vaya! Interesante revelación. A lo mejor tienes algún enemigo que se está cobrando alguna deuda. Nunca se sabe. Intenta hacer memoria.

—¡Bah! Todo el mundo tiene enemigos. Si fuera por eso los cuchillos volarían constantemente sobre nuestras cabezas —reflexionó Luis Alberto—. Todo el mundo se queda con ganas de tomarse alguna revancha de vez en cuando, pero la mayoría de las veces te las aguantas y sigues adelante, agachas la cabeza y punto.

—Entonces, a lo mejor ahora es a ti a quien le toca agachar la cabeza y esperar.

—¿Es ese su consejo? Que me cruce de brazos y espere mientras veo que todo se derrumba a mi alrededor —concluyó el diputado comenzando a admitir que tal vez la resignación fuera algo más que una opción.

—No puedo darte otro. Mis años de hombre influyente se terminaron. No es que añore esa facultad de mover los hilos del poder con un solo telefonazo. Ahora estoy disfrutando de la vida, aunque me jode tener que hacerlo en compañía de mis achaques, pero es

cierto que a veces echo de menos el frenesí de la política, la adrenalina y sentir que podías controlarlo todo.

El anciano se recostó sobre su aparatoso sofá Chester en versión Kirsch con aplicaciones en el respaldo y los reposabrazos de pieles exóticas. Encendió un puro, le aplicó algunas chupadas profundas y metódicas para acelerar la combustión y finalmente exhaló una densa y fragante humareda que delataba la calidad del habano.

—Venga, no se burle de mí. No me creo que haya perdido su mítica influencia. Aunque ya no esté en primera línea de playa, seguro que aún maneja algunos hilos.

—Estás muy equivocado. Los tiempos van y vienen y el mío ya pasó. Ahora, mírame, me entrego a mi merecido descanso.

Justo en ese momento entró la joven esposa cual enfermera concienzuda que nunca deja de vigilar a su paciente. Aparentó regañar a su marido como lo hubiera hecho con un niño travieso. Continuamente se dirigía a él marcando la diferencia de edad en sentido inverso a lo que indicaría la lógica. Ella aparentaba una seriedad impropia de su edad y él en cambio parecía marchar hacia atrás en el tiempo. Respondía con pataletas infantiles, pero al final se plegaba dócilmente a los requerimientos de su mujer, incluso apagó nerviosamente el puro cuando oyó el crujido de la puerta.

Luis Alberto admitió que su tiempo se había acabado. La mirada admonitoria de la mujer así se lo indicaba y el repentino cansancio del viejo no dejaba dudas. Era inútil seguir exprimiendo una ocasión ya gastada. Comprendió que la influencia del anciano que en otra época fue importante ahora parecía diluida bajo los estragos de la edad o, al menos, eso parecía, aunque también pudiera ser que el hombre sabía cerrarse en banda mejor de lo que aparentaba y bajo esa apariencia de senilidad se escondía un elemento más de ese grupúsculo que se había conjurado para hacerle la puñeta.

Mientras observaba las curvas voluptuosas de la joven esposa, posó enérgicamente las manos sobre los brazos del sillón como si quisiera darse impulso para levantarse. Justo en ese momento ella se dio la vuelta con la bandeja después de recoger los vasos que estaban sobre la mesa y se dirigió hacia él con autoridad de ama de llaves encastillada.

—Creo que será mejor que se vaya. Se hace tarde y mi marido ya ha tenido bastante por hoy.

Adivinó en sus palabras una brizna de animadversión mezclada con una pizca de preocupación a partes iguales. Una vez puesto en pie pudo comprobar que ella tenía razón, que sobre el viejo había caído de pronto una losa de cansancio y, también lo notó, de ausencia. De sus ojos había desaparecido la antigua vitalidad y solo quedaba una expresión evasiva que vagaba por la habitación sin encontrar un punto al que asirse.

Luis Alberto se despidió cordialmente, incluso encontró entre los hábitos de las buenas maneras la capacidad para esbozar una sonrisa que finalmente le salió torcida y llena del rencor que ya se le venía acumulando desde que la mujer le insinuó que se marchara. La rabia no le abandonaría en todo el trayecto hasta su casa. Se sintió más solo que nunca, sin opciones, se dijo, sin salidas. Menos mal que cuando divisó el *skyline* la bilis se le fue diluyendo gracias a una frase que recordó: “Donde una puerta se cierra otra se abre”. La pronunció el Secretario de Organización en una ocasión en que ambos estuvieron preparando un mitin en la ciudad de Ávila. Entonces Luis Alberto era todavía un joven e inexperto aspirante a político y entre las viejas murallas pasó unos días plácidos porque de todo es sabido que el enclave castellano siempre fue uno de sus feudos, así que se dedicaron a pasear por sus calles. En cada vetusto rincón su mentor encontraba la inspiración para largarle alguna enseñanza que debía atesorar para el futuro, pero la que se le quedó grabada a fuego fue

la historia del señor de los Dávila y su palacio adosado a la muralla. A estos nobles levantiscos nadie les tosía. En el siglo XVI las ordenanzas municipales de la ciudad de Ávila obligaban a cerrar las puertas de la muralla por las noches, pero don Pedro Dávila, que era mucho conde y poco amigo de acatar órdenes, decidió abrir una puerta en la fachada de su palacio que era parte del recinto amurallado. Cuando se la cerraron por contravenir el reglamento horadó una ventana en el mismo muro y sobre ella mandó esculpir la inscripción que tanta mella había hecho en la mollera de Luis Alberto. Siempre pensaba en esas palabras cuando estaba a punto de darse por vencido.

Una vez en la habitación del hotel, donde finalmente le había llevado su condición de marido abandonado y arrojado a la calle, desvalijó el minibar. Se durmió embotado por los efluvios del alcohol y en su sueño agitado desfilaron puertas y ventanas suspendidas en el vacío. Se vio a sí mismo lanzándose por ellas una y otra vez sin llegar a estrellarse en sus vuelos frenéticos, pues, cuando su cuerpo se lanzaba desde una ventana y se precipitaba al abismo, una puerta se interponía entre él y el suelo y de nuevo iniciaba un nuevo viaje sin sentido. Cuando se despertó intentó interpretar el extraño sueño y, aunque la sensación que le dejó fue de angustia inapelable, llegó a la conclusión de que alguna forma de salvación le esperaba a la vuelta de la esquina. Tendría que llamar a la pitonisa y contárselo, ella sabría aconsejarle, pero decidió que eso sería en otro momento, porque ahora debía salir pitando para el Congreso. No le quedaba más remedio que tomar las riendas de su destino. No podía esconderse ni dejarse llevar por la cobardía de la inactividad. Si quieren guerra, la van a tener.

Diputado raso

Capítulo V

Luis Alberto entró en su despacho en calidad de diputado raso. Sabía que era lo único que le quedaba, una vez desaparecidas las prebendas oficiales y oficiosas, los cargos institucionales y los privilegios personales que no dejan huella en su declaración de la renta. Hasta hace bien poco recibía asiduamente algunas “recompensas” pecuniarias por su compromiso con el Partido. Los de arriba sabían que siempre se podía contar con él, que nunca les iba a fallar. En varias ocasiones había demostrado su lealtad sin paliativos, como cuando firmó un manifiesto que pedía el indulto para un compañero condenado injustamente, todo hay que decirlo, por un delito de corrupción. Además, el hombre estaba enfermo, una cuestión humanitaria, no podía contemplarse desde otro punto de vista, y pensar que la justicia levantaba su mano contra hombres honrados, que lo han dado todo por su patria... Sentía que la sangre le hervía con el recuerdo de episodios como este y le brotaba en el alma una especie de solidaridad de ángel caído con los de su especie, así como un lamento inconsolable por tanta ingratitud.

Sus quejas interiores se extinguieron apenas divisó en sus respectivas mesas a sus dos asesores, hombre y mujer, sin perder de vista la paridad, había que guardar las formas. Al menos tenía a sus huestes en su pequeña fortaleza. También su secretaria estaba allí. Le salió al encuentro y le puso al día de las llamadas, de las reuniones que tenía previstas, información envuelta delicadamente en estuche de fingida normalidad.

Decidió seguir el juego del disimulo hasta donde le fuera posible. No sería él quien alterara el difícil equilibrio del nuevo *statu quo*, así que, evaluadas las fuerzas, como buen general en el campo de batalla, enfrentó la rutina con la abulia de siempre, pero con la alerta que los acontecimientos recientes habían activado, como un animal en la oscuridad que intuye depredadores por todas partes.

—El representante de la Asociación de Banqueros Rescatados nos ha comunicado

que de la dación en pago no quieren saber nada de nada, que nos las apañemos con la ley Hipotecaria, que ya sabremos cómo lo vamos a vender, pero que por ahí no pasan —expuso Blanca de la Torre, la joven asesora que vestía de *Chanel* y se sonaba la nariz todo el tiempo.

—Cuídate ese resfriado, Blanca —observó Luis Alberto—, que nos vas a contagiar a todos.

—Lo siento, don Luis —musitó la asesora mientras revolvía unos papeles—, pero no están las cosas como para quedarme en casa. Aquí es donde está mi sitio.

—¡Vaya, se ha declarado la tercera guerra mundial y yo sin enterarme! —se guaseó el diputado procurando disimular su preocupación indisimulable.

—Vamos, que no se diga que le tengo que recordar que usted no pasa por su mejor momento —le regañó la asesora, que siempre le hablaba a las claras, casi con descaro. Su confianza venía de lejos y a esas alturas se veía no solo en el derecho sino también en la obligación de abrirle los ojos—. Como no espabile...

El diputado miró de reojo a su secretaria, que no perdía ni una sílaba de lo que allí se estaba diciendo, y todo sin dejar de teclear en el ordenador, abrir cajones, ordenar papeles, en fin, las tareas de su cargo aderezadas con un plus de entremetimiento cercano al espionaje. Luis Alberto no se terminaba de fiar de ella y es que, atando cabos, de pronto cayó en la cuenta de que había llegado recomendada por el Subsecretario de Organización. Sin mediar palabra, agarró a la asesora por el brazo y la introdujo en la habitación contigua, es decir en su despacho propiamente dicho y, en contra de su costumbre, cerró la puerta tras de sí. Por un momento no supo a ciencia cierta si tanta prevención era producto de una especie de paranoia recién contraída o, por el contrario, una estrategia sabia y bien calculada. En cualquier caso, más valía ser prudente y estrechar su círculo de colaboradores. Tendría que estar mucho más alerta, como ese animal amenazado por los depredadores en la oscuridad que ya se había paseado antes por su imaginación.

—Blanca, creo que aquí estamos más seguros. No me fío de mi secretaria.

—Entonces debería despedirla. No se puede permitir la presencia de personas a su alrededor que no sean de su absoluta confianza —aconsejó la asesora mientras se quitaba la chaqueta de auténtico *Chanel* y dejaba ver una camisa de una tela liviana de inmejorable caída. Todo en ella respiraba lujo de muchos quilates que sabía llevar con una naturalidad genética.

—No creo que me convenga en estos momentos levantar ninguna liebre. Si la despedido llamaría mucho la atención y no creo que sea una buena estrategia —calculó el diputado—, aunque te confieso que no tengo ni idea de cuál puede ser la mejor estrategia. A ti te lo puedo contar: estoy completamente desconcertado. No me esperaba esto. Me han abandonado a mi suerte.

—Para empezar, deje de quejarse y no ponga esa cara de cordero degollado. No puede permitir que las emociones le delaten. En estos momentos lo mejor es pose y sonrisa *Profidén*. Ya sabe, dientes, dientes...

—Que es lo que les jode —concluyó el diputado, que sabía de las salidas de la célebre tonadillera.

—Eso es. Y mucho ánimo. Hay que seguir trabajando, que ni por asomo le acusen de desidia, de falta de compromiso, bla, bla, bla —dijo ella mientras le colocaba las solapas de la americana azul oscuro y le equilibraba la corbata en un gesto que implicaba demasiada confianza entre un hombre y una mujer, pero en el que había algo de familiar como de hija sensata que se preocupa por un padre un poco alocado e irresponsable. Y es que Blanca tenía edad para ser su hija, pero una cabeza tan cabal

que más bien parecía su madre.

De pronto la puerta se abrió. Álvaro Jiménez, el asesor varón, entró sin llamar, oculto tras un rascacielos de carpetas. Tras él el batiente se cerró violentamente como empujado por un vendaval y la torre de papel se vino abajo, incapaz de soportar el sobresalto del joven. Inmediatamente se agachó para intentar recogerlo todo antes de que los documentos se desordenaran, pero enseguida se dio cuenta de que su suerte había sido desigual. Algunas carpetas yacían intactas, en cambio otras, en su brusca caída, habían escupido hojas volanderas que se habían posado como a ellas les había dado la gana y no como hubiera deseado el atribulado Álvaro, que, a cuatro patas, se desplazaba por la habitación cazando papeles.

Luis Alberto y Blanca observaban divertidos la operación, dándose codazos y cruzando miradas de complicidad, pero en ningún momento se les ocurrió unirse al gafeo infantil del infausto asesor. Álvaro se había incorporado recientemente a la oficina del diputado. Había llegado por mediación de..., no recordaba muy bien de quién, pero allí estaba el joven vestido siempre de traje gris y corbata azul. Aparentaba más edad de la que atestiguaba su DNI, era callado pero concienzudo en la realización de las tareas encomendadas, con poca iniciativa, pero servicial con sus superiores jerárquicos y quisquilloso, cual perrito faldero, con los que consideraba sus iguales o inferiores. Parecía tener cuentas pendientes con todo el mundo. Sin duda consideraba que la vida le debía compensar por no ser agraciado, ni simpático y por haber tenido que soportar las burlas de sus compañeros de clase. Una de esas bombas de relojería que la sociedad crea y después padece de una forma y otra.

—Álvaro, cuando termines con eso tenemos que ponernos con el informe para la comisión de desahucios —dijo Blanca alejándose de la zona cero de la catástrofe, procurando no pisar los papeles con sus zapatos impecables de afilados tacones que herían solo de mirarlos—. Habrá que ser cuidadosos y no levantar más ampollas. La falta de sensibilidad con todas esas familias que se quedan en la calle no nos la perdonaría nadie, eso sí, cargaremos las tintas en el tema de los escraches. Les haremos ver que en esta guerra nuestros políticos son las víctimas, pero sin pasarnos. Y por supuesto, descarta esa absurda idea del nazismo. Ya sé que es muy socorrida, pero está demasiado manoseada y un pelín exagerada.

Luis Alberto no pudo reprimir una sonrisa socarrona que se cruzó con la mirada cómplice de Blanca. El joven asesor, ajeno al cruce de entendimientos, asintió desde el suelo, todavía a cuatro patas.

El diputado miró su magnífico reloj de lectura incomprensible y comprobó que era el momento de hacer una pausa. A esa hora la cafetería del Congreso estaría ya a rebosar. La sola idea de reencontrarse con sus compañeros de partido, que con toda seguridad volverían a hacerle el vacío, le erizaba el vello, así que, según bajaba las escaleras, decidió que caminaría con toda discreción hasta algún bar de los muchos que hay por la zona. Era muy probable que también se topara con algún conocido, pero en ningún caso serían aquellos que tan próximos a él se sentaban hasta hacía muy poco, los que compartían esa privilegiada segunda fila del Hemiciclo. La rabia le iba alcanzando por momentos y después el miedo, debía reconocerlo, le producía auténtico pavor, verse de pronto desterrado a los confines del graderío, lejos del sol que alumbraba, en la Siberia del territorio gubernamental, peor que en la oposición. Arrebujado en su abrigo, se propuso abandonar pensamientos tan funestos, alejar en lo posible la sensación de vértigo que le producía su caída, tan reciente que le parecía estar todavía en pleno vuelo sin llegar a aterrizar, sin acabar de sentir plenamente el descalabro.

Los árboles de la calle habían comenzado a perder sus hojas. El aire estaba cargado de humedad. Luis Alberto entró en la primera cafetería que encontró. Agradeció el calor

que había en su interior y apenas reparó en el fuerte olor a fritanga que se esparcía sin complejos entre los parroquianos, bastante numerosos a esa hora, unos, acodados en la barra y otros, sentados junto a las mesas que de modo desordenado llenaban el local. Pidió un café acompañado de una ración de porras. Hacía milenios que no las cataba, pero de un tiempo a esta parte sentía que no estaba él para restricciones, que ni el régimen, ni el colesterol y mucho menos su mujer, podían reprimir sus deseos. Se dejó llevar por el ambiente y se lanzó al oficio de la gula con delectación y ensimismamiento casi indecente. Tan ajeno permanecía a todo lo que sucedía a su alrededor que no vio llegar a Nerea González, la joven diputada de las rastas.

—¡Cuánto bueno por aquí! ¡Disfrutando de tu destierro, oh, Hamlet, príncipe de Dinamarca! —saludó la muchacha mientras se quitaba el abrigo y desenroscaba una larga bufanda de lana gruesa que llevaba alrededor del cuello—. Parece que las preocupaciones no han conseguido disipar tu apetito.

—Hacia siglos que no me daba un festín semejante. ¿Qué tal? ¿No quieres sentarte? —invitó Luis Alberto al tiempo que acercaba cortésmente una silla que permanecía en tierra de nadie—. ¿Te pido algo? ¿Un café?

—Está bien. Un café solo.

El camarero acudió a una seña del diputado que estaba acostumbrado a servirse de inequívocos gestos para hacerse entender con el servicio. Al poco tiempo trajo el café que depositó con maestría sobre la mesa con un *para la señorita*. Una mueca de disgusto se dibujó en la cara de Nerea, que no soportaba este tipo de tratamientos sexistas.

—No tengo mucho tiempo. Llevo una mañana de aúpa. Mira lo temprano que es y ya he tenido una reunión con una asociación de vecinos, una entrevista con el director de un colegio del extrarradio y otra reunión con la plataforma en defensa del búho azul.

—Que estará en peligro de extinción, supongo.

—Y tanto. Lleva en extinción desde el momento en que me lo he inventado.

—Me has pillado. Reconozco mi incultura en materia de zoología, pero es que no suelo ver los documentales que pasan por la tele pública.

La diputada esbozó una cálida sonrisa o eso fue lo que le pareció a él, que todo en ella lo veía cálido y maravilloso. No era plenamente consciente de que la miraba con arrobamiento, con ese abandono entre cursi y paleta, demasiado explícito, demasiado entregado, pero de un tiempo a esta parte todo le daba igual. Mientras la muchacha peroraba cayó en la cuenta de que le recordaba mucho a esa actriz americana, Natalie Portman, que era tan guapa como ella, que también poseía unos rasgos de una perfección incomprensible, casi dolorosa, tal como la recordaba en la película *Cisne negro*, pero sin esa pinta de anoréxica amargada, todo lo contrario, Nerea parecía conforme consigo misma.

—¿Y cómo va lo tuyo? —preguntó abruptamente la joven, dejándose llevar por su impulsivo carácter, pero inmediatamente su rápida inteligencia detectó un asomo de incomodidad, por lo que dio marcha atrás—. Perdona, no quería ser tan directa, a lo mejor te he parecido bastante indiscreta. No creas que voy por ahí interrogando al personal, pero es que el otro día te vi tan alicaído...

—No te preocupes. No pasa nada. Me voy haciendo a la idea y, en realidad, eso es bueno, estoy comenzando a pensar con más frialdad.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —se interesó Nerea, que ya confiaba en estar pisando terreno firme. Estaba claro que podían hablar del tema, que no era una cuestión tabú que debiera permanecer en el margen de su conversación.

—Pues todavía no sé a qué atenerme —confesó Luis Alberto—. He movido algunos

hilos, pero no han dado sus frutos. Ayer me lié la manta a la cabeza y me planté en casa de Garrido.

—Apuntas alto —comentó Nerea recordando que, aunque el hombre había tenido su gran momento cuando ella todavía era una niña, siempre se le había considerado uno de los padres de la nueva etapa política.

—Fue un desastre: el hombre está perdiendo la lucidez, vamos, que está gagá y, para colmo, se encuentra bajo los hechizos de una especie de hada malvada y pechugona que está esperando heredar.

—Entonces, ya no tiene el poder que tuvo y eso que, según dicen las malas lenguas, todavía era capaz de mover los hilos desde su dorado retiro —apuntó Nerea.

—Se dicen muchas cosas, pero pocas son ciertas.

—Ahora lo estás comprobando en tus propias carnes, para que veas cómo se las gastan tus amigos —dijo la joven ahondando en su osadía—. Siempre he pensado que no son de fiar y, si no, mira cómo engañaron a todo el mundo con su programa electoral.

Lamentó haber hecho una referencia tan abiertamente política. No era el momento, pero no pudo evitarlo, pocas veces tenía la oportunidad de tener en frente a un enemigo político dispuesto a escucharla, así que ya estaba dicho.

—Te recuerdo que todavía soy uno de ellos, de los que, según tú, os engañaron.

—A nosotros no nos engañaron. Me refiero a los pazguatos que os votaron.

—Tiene gracia. A mí todo eso me da igual —murmuró el diputado como si hablara para sí mismo.

—De acuerdo —admitió la joven—. Creo que no está bien hacer leña del árbol caído, pero si quieres saber lo que opino de todo esto con mucho gusto te lo diré.

—Vamos, desembucha.

—Te están haciendo la cama —declaró Nerea con absoluta seguridad, como si hubiera meditado largamente el problema—. Lo que te ha sucedido no ha sido fortuito.

—¡Explícate! —exigió el diputado.

—Tú piensas que tu “caída” —comenzó diciendo la diputada mientras hacía el gesto de las comillas con los dedos de ambas manos— se ha producido como consecuencia de un supuesto desliz que toda España vio por televisión, pero creo que esas imágenes son la consecuencia de una acción anterior.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Pues que alguien, probablemente bien relacionado con ciertos medios de comunicación, aprovechó para dejarte en evidencia, para que todo el mundo viera en tu actitud un atisbo de deslealtad, de desinterés o de incompetencia que, en condiciones normales, sería achacable al simple cansancio, por ejemplo, pero sacado de contexto puede hacer daño, el que ahora mismo estás sufriendo.

—Nunca se me ocurrió que pudiera tener enemigos, al menos, no tan declarados —objetó el diputado desviando la mirada y encogiéndose de hombros—. Creo que vosotros, los de izquierda, sois muy dados a las teorías conspiranoides.

—No quiero ofenderte, pero creo que estás enfocando la situación de una manera muy ingenua. No se trata de ver fantasmas donde no los hay, pero en el mundo de la política siempre hay que mirar de reajo, cualquiera puede estar poniéndote la zancadilla y tú no te enteras hasta que estás en el suelo.

—Está bien —admitió Luis Alberto—. Puede que tengas razón y haya alguien por ahí moviendo algunos hilos, pero no se me ocurre quién puede ser.

—Pues tendrás que pensarlo detenidamente —le aconsejó Nerea—. Yo en eso no te

puedo ayudar, tú eres el que tiene que hacer examen de conciencia. Busca entre las personas a las que alguna vez has puteado y quieran venganza o bien entre aquellas a quienes estorbes, las que pretendan tu puesto presente o futuro.

El diputado se quedó callado. Las palabras de Nerea habían levantado algún velo tupido que hasta ese momento cegaba su entendimiento.

—Y ahora me tengo que ir, pero no olvides lo que te acabo de decir.

Luis Alberto la observó atónito mientras ella se ponía tranquilamente el abrigo deshilachado que parecía haber robado a un mendigo y la tosca bufanda. Por un momento pensó que incluso dentro de esa ropa resplandecía, sin embargo, volvió rápidamente a su desconcierto. No se explicaba cómo una muchacha tan joven podía ser tan maquiavélica y tener un concepto tan bajo de las relaciones humanas, y lo peor es que seguramente no se equivocaba, que su análisis había discurrido en la dirección correcta.